

HOMILÍA SOBRE EL LUGAR Y EL TIEMPO DE LA ORACIÓN



Autor desconocido.

1. Dios, por su omnipotencia, sabiduría y bondad, creó en el principio el cielo y la tierra, el sol, la luna, las estrellas, las aves del aire, las bestias de la tierra, los peces del mar y todas las demás criaturas para uso y comodidad del hombre, a quien también creó a su imagen y semejanza y le dio autoridad y gobierno sobre todas ellas, para que las usara de la manera que le había encomendado y mandado, y también para que se declarara agradecido y bondadoso por todos aquellos beneficios que tan liberal y tan graciosamente le había concedido, sin merecerlo en absoluto. Y aunque en todo tiempo y en todo lugar debemos tener presente y estar agradecidos a nuestro misericordioso Señor, conforme a lo que está escrito: "Engrandeceré al Señor en todo tiempo"¹, y también: "Dondequiera que el Señor gobierne, oh alma mía, alaba al Señor"², sin embargo, parece ser la buena voluntad y placer de Dios que nos reunamos en tiempos especiales y en lugares especiales con el propósito de que su nombre sea renombrado y su gloria sea manifestada en la congregación y la asamblea de sus santos. En cuanto al tiempo que Dios Todopoderoso ha fijado para que su pueblo se reúna solemnemente, se desprende del cuarto mandamiento de Dios: 'Acuérdate', dice Dios, 'de santificar el día de reposo'³. En este día, como se desprende de los Hechos de los Apóstoles, el pueblo acostumbraba reunirse y oír con diligencia la ley y los profetas leídos entre ellos⁴. Y aunque este mandamiento de Dios no obliga al pueblo cristiano tan estrictamente a observar y guardar todas las ceremonias del día de reposo como tal y como fue dado a los judíos, en cuanto a la abstención del trabajo y la labor en tiempo de gran necesidad y en cuanto a la observancia precisa del séptimo día a la manera de los judíos, (porque ahora guardamos el primer día, que es nuestro domingo, y hacemos de él nuestro sábado, es decir, nuestro día de descanso, en honor de nuestro Salvador Cristo, ya que celebramos que ese día resucitó de la muerte, vencéndola triunfalmente), sin embargo, todo lo que se encuentra en el mandamiento perteneciente a la ley de la naturaleza como una cosa más piadosa, más justa y necesaria para la exposición de la gloria de Dios, debe ser retenido y guardado por todo buen pueblo cristiano. Así, entendemos por este mandamiento que debemos

¹ Sal. 34:1.

² Sal. 103:22.

³ Éx. 20:8.

⁴ Hechos 13:14–15, 42.

tener un tiempo, como un día a la semana, en el que debemos descansar, sí, de nuestras obras lícitas y necesarias. Porque así como por este mandamiento deducimos que ningún hombre en los seis días debe ser perezoso u ocioso, sino trabajar diligentemente en el estado en que Dios lo ha puesto, así también Dios ha dado orden expresa a todos los hombres de que en el día de reposo, que ahora es nuestro domingo, cesen de todo trabajo semanal y de la jornada laboral, a fin de que, así como Dios mismo trabajó seis días y descansó el séptimo, y lo bendijo y santificó, y lo consagró a la quietud y al descanso del trabajo, así también el pueblo obediente de Dios use el domingo santamente y descanse de sus negocios comunes y diarios, y también se entregue enteramente a los ejercicios celestiales de la verdadera religión y servicio de Dios⁵. De modo que Dios no sólo ordena la observancia de este día santo, sino que con su propio ejemplo nos estimula y provoca a observarlo diligentemente. Los buenos hijos naturales no sólo serán obedientes a los mandamientos de sus padres, sino que también observarán diligentemente sus acciones y las cumplirán de buen agrado. Por lo tanto, si queremos ser hijos de nuestro Padre celestial, debemos tener cuidado de guardar el día de reposo cristiano, que es el domingo, no sólo porque es el mandamiento expreso de Dios, sino también para declararnos hijos amorosos al seguir el ejemplo de nuestro bondadoso Señor y Padre. Así puede verse claramente que la voluntad y el mandamiento de Dios era tener un tiempo solemne y un día fijo en la semana en el que el pueblo se reuniera y recordara sus maravillosos beneficios, y le diera gracias por ellos, como corresponde a las personas amorosas, bondadosas y obedientes. Este ejemplo y mandamiento de Dios el pueblo cristiano piadoso comenzó a seguir inmediatamente después de la ascensión de nuestro Señor Cristo, y comenzó a establecer un día fijo en la semana para reunirse; pero no el séptimo día, que los judíos guardaban, sino el día del Señor, el día de la resurrección del Señor, el día después del séptimo día, que es el primero de la semana. De este día hace mención San Pablo en estos términos: "El primer día de la semana cada uno ponga aparte lo que crea conveniente", es decir, separe su ofrenda para los pobres⁶. Por primer día de la semana se entiende nuestro domingo, que es el primer día después del séptimo día de los judíos. Y en el Apocalipsis está más claro, donde San Juan dice: "Yo estaba en el Espíritu en domingo⁷". Desde entonces, el pueblo de Dios siempre, en todas las épocas y sin ninguna duda, se ha reunido en domingo para celebrar y honrar el bendito nombre del Señor y guardar cuidadosamente ese día en santo descanso y quietud, tanto hombres como mujeres, niños, siervos y extranjeros. Por la transgresión e infracción de este día Dios se ha declarado muy contristado, como puede verse por aquel que por recoger leña en el día de reposo fue apedreado hasta la muerte⁸.

⁵ Génesis 2:2-3; Éx. 16:22-30; 20:11.

⁶ 1 Cor. 16:2.

⁷ Apocalipsis 1:10.

⁸ Números 15:32-36.

Pero, por desgracia, a pesar de todo lo advertido, es lamentable ver la audacia inicua de los que se consideran pueblo de Dios, que no tienen ningún cuidado en absoluto de guardar y santificar el domingo. Y estas personas son de dos clases. Los de la primera clase, son aquellos que siempre tienen algún negocio que hacer, aunque no haya extrema necesidad, no pueden escatimar ni el domingo; estos siempre deben cabalgar y viajar en domingo; deben conducir y transportar en domingo; deben remar y transbordar en domingo; deben comprar y vender en domingo; deben celebrar mercados y ferias en domingo; finalmente, usan todos los días por igual, los días de trabajo y los días santos son todos uno y lo mismo para ellos. El otro tipo es aún peor. Aunque no se afanan ni se esfuerzan el domingo como lo hacen en los días de la semana, no descansan en santidad como Dios manda, sino que descansan en la impiedad y la suciedad, pavoneándose en su orgullo, haciendo travesuras impúdicas como cretinos, exhibiéndose y pintándose para parecer hermosos y alegres; descansan en el exceso y la superfluidad, en la glotonería y la borrachera, como ratas y cerdos; descansan en peleas y discusiones, en querellas y peleas; descansan en el desenfreno, en conversaciones de doble sentido, en una carnalidad sucia, de modo que resulta demasiado evidente que Dios es más deshonrado y el diablo es mejor servido el domingo que en todos los demás días de la semana. Y os aseguro que las bestias a las que se les ordena descansar el domingo honran a Dios mejor que esta clase de personas, porque por lo menos estas no ofenden a Dios, ni quebrantan su día santo. Por tanto, oh pueblo de Dios, poned vuestras manos sobre vuestros corazones, arrepentíos y enmendad esta grave y peligrosa maldad, temed el mandamiento de Dios, seguid con alegría el ejemplo que el Señor mismo nos ha dado, no seáis desobedientes al orden piadoso de la iglesia de Cristo, usado y guardado desde el tiempo de los apóstoles hasta este día, temed el desagrado y las justas plagas de Dios Todopoderoso, si sois negligentes y no os detenéis de trabajar y afanaros en el día de reposo o domingo, si no os reunís para celebrar y magnificar el bendito nombre de Dios en serena santidad y piadosa reverencia.

Ahora bien, en cuanto al lugar donde el pueblo de Dios debe reunirse, y donde especialmente debe celebrar y santificar el día de reposo, es decir, el domingo, el día de santo descanso, ese lugar se llama el templo de Dios o la iglesia, porque la compañía y congregación del pueblo de Dios, que propiamente se llama la iglesia, se reúne allí en los días señalados para tales asambleas y reuniones. Y puesto que Dios Todopoderoso ha designado un tiempo especial para ser honrado, es muy apropiado, piadoso y también necesario que haya un lugar designado donde este pueblo se reúna y acudan para servir a su Dios de toda gracia y Padre misericordioso.

La verdad es que los santos patriarcas durante un gran número de años no tuvieron ni templo ni iglesia a los que recurrir. La causa de esto fue que no se quedaron en ningún lugar, sino que estaban en un continuo peregrinaje y un estilo de vida nómada sin asentamiento, por lo que no podían construir convenientemente ninguna iglesia. Pero tan pronto como Dios hubo liberado a su pueblo de sus

enemigos y lo puso en cierta libertad en el desierto, les erigió un costoso y detallado tabernáculo, que era como la iglesia parroquial, un lugar al que acudía toda la multitud, un lugar en el que se hacían sus sacrificios, y en el que se celebraban otras observancias y ritos⁹. Además, después de que Dios, de acuerdo con la verdad de su promesa, hubo colocado y asentado tranquilamente a su pueblo en la tierra de Canaán, ahora llamada Judería, mandó que el rey Salomón construyera un templo grande y magnífico, como pocas veces se había visto algo semejante, un templo tan adornado y engalanado, tan bellamente ataviado, como era adecuado y conveniente para la gente de aquel tiempo, que no se dejaba seducir y conmover por nada tanto como por cosas muy hermosas y alegres¹⁰. Este era ahora el templo de Dios, inducido también con muchos dones y diversas promesas; esta era la iglesia parroquial y la iglesia madre para todos los judíos; aquí se honraba y servía a Dios; aquí estaba todo el reino de todos los israelitas obligado a venir en tres fiestas solemnes al año, para servir aquí a su Señor Dios¹¹. Pero sigamos adelante. En el tiempo de Cristo y sus apóstoles no había todavía templos ni iglesias para los cristianos, ya que la mayoría de ellos se encontraban frecuentemente bajo persecución, vejación y problemas, de modo que no podían obtener libertad ni licencia para ese propósito. Sin embargo, Dios se deleitaba mucho en que se reunieran a menudo en un lugar y, por lo tanto, después de su ascensión, permanecieron juntos en un aposento alto¹². A veces entraban en el templo, a veces en las sinagogas, a veces estaban en las cárceles, a veces en sus casas, a veces en los campos, etc¹³. Y esto continuó por tanto tiempo hasta que la fe de Cristo Jesús comenzó a multiplicarse en una gran parte del mundo. Ahora bien, cuando diversos reinos se establecieron en la verdadera religión de Dios y el Señor les había dado paz y tranquilidad, entonces los reyes, los nobles y también el pueblo, se animaron con un celo y fervor piadosos a construir templos e iglesias donde el pueblo pudiera reunirse, para cumplir mejor con su deber hacia Dios y santificar su día de reposo, el día de descanso. Y a estos templos los cristianos acostumbraban acudir de vez en cuando como lugares de reunión donde podían de común consentimiento alabar y magnificar el nombre de Dios, rindiéndole gracias por los beneficios que diariamente derrama sobre ellos misericordiosa y abundantemente, donde también podían oír su santa Palabra leída, explicada y predicada sinceramente, y recibir sus santos sacramentos administrados a ellos debida y puramente.

Es cierto que los templos principales y especiales de Dios, en los que tiene mayor placer y más se deleita en habitar, son los cuerpos y las mentes de los verdaderos cristianos y el pueblo elegido de Dios, según la doctrina de las Sagradas Escrituras declarada por San Pablo. ¿No sabéis, dice, que sois templo de Dios, y que el Espíritu

⁹ Éx. 25–31; 35–40.

¹⁰ 1 Cr. 22.

¹¹ Éx. 23:14–17; 16:1–17; 2 Cr. 8:12–13.

¹² Hechos 1:13–14.

¹³ Hechos 2:46; 12:12; 13:5, 14; 16:13, 25; 21:5.

de Dios mora en vosotros? El templo de Dios, que sois vosotros, santo es¹⁴. Y de nuevo en la misma epístola: '¿No sabéis que vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo que mora en vosotros, el cual os ha sido dado por Dios, y que no sois vuestros?'¹⁵ Sin embargo, a pesar de esto, Dios permite que el templo material hecho de cal y piedra (siempre que su pueblo se reúne en él para alabar su santo nombre) sea su casa, y el lugar donde ha prometido estar presente, y donde oír las oraciones de los que le invocan. Lo que tanto Cristo como sus apóstoles, con todos los demás santos padres, han declarado suficientemente, ya que, aunque con toda certidumbre sabían que sus oraciones eran escuchadas en cualquier lugar que las hicieran, aunque fuera en cuevas, en bosques y en desiertos, sin embargo, siempre que podían convenientemente, recurrían a los templos materiales, allí con el resto de la congregación para unirse en oración y verdadero culto.

Por tanto, carísimos, vosotros que profesáis ser cristianos y os gloriáis de ese nombre, no desdeñéis seguir el ejemplo de vuestro maestro Cristo, de quien decís ser discípulos; mostrad que sois como aquellos cuyos compañeros de escuela os arrogáis ser, es decir, los apóstoles y discípulos de Cristo. Levantad manos puras con corazones limpios en todo lugar y en todo tiempo¹⁶. Haced lo mismo en los templos y en las iglesias también en los días de reposo. Nuestros piadosos predecesores y los antiguos padres de la iglesia primitiva no escatimaron sus bienes para construir iglesias; no, no escatimaron arriesgar sus vidas en tiempo de persecución y arriesgar su sangre para poder reunirse en iglesias. ¿Y escatimaremos nosotros un poco de trabajo para reunirnos en iglesias? ¿Ni su ejemplo, ni nuestro deber, ni los bienes que de este modo deberían venir a nosotros, nos moverán? Si queremos declarar que tenemos temor de Dios, si queremos mostrarnos verdaderos cristianos, si queremos ser los seguidores de Cristo, nuestro maestro, y de aquellos padres piadosos que han vivido antes que nosotros y que ahora han recibido la recompensa de verdaderos y fieles cristianos, debemos, de buena gana, acudir con seriedad y reverencia a las iglesias y templos materiales para orar, como a lugares adecuados designados para ese uso, y eso en el día de reposo, como el momento más conveniente para que el pueblo de Dios cese de los negocios corporales y mundanos, para entregarse al santo descanso y a la contemplación piadosa, pertenecientes al servicio de Dios Todopoderoso; por lo cual podemos reconciliarnos con Dios, participar de sus reverentes sacramentos y ser oyentes devotos de su santa Palabra; así ser establecidos en la fe hacia Dios, en la esperanza contra toda adversidad y en la caridad hacia nuestros prójimos; y de esta manera, siguiendo nuestro curso como buenas personas cristianas, al final podemos alcanzar la recompensa de la gloria eterna por los méritos de nuestro Salvador Jesucristo. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea todo honor y toda gloria. Amén.

¹⁴ 1 Cor. 3:16–17.

¹⁵ 1 Cor. 6:19.

¹⁶ 1 Tim. 2:8; Heb. 10:22.

2. Se os ha declarado, buen pueblo cristiano, en el sermón anterior que se os leyó, a qué hora y en qué lugar os reuniréis para alabar a Dios. Ahora me propongo exponer ante vuestros ojos, en primer lugar, cuán celosos y deseosos debéis estar de venir a vuestra iglesia; en segundo lugar, cuán contristado está Dios con los que desprecian o tienen poco cuidado de venir a la iglesia en el santo día de reposo.

Bien puede verse en las Escrituras que muchos de los israelitas piadosos, estando ahora en cautiverio por sus pecados entre los babilonios, deseaban y anhelaban a menudo estar de nuevo en Jerusalén¹⁷. Y a su regreso, por la bondad de Dios, aunque muchos del pueblo eran negligentes, los padres fueron maravillosamente devotos en edificar el templo, para que el pueblo de Dios pudiera ir allí a honrarle¹⁸. Y el rey David, cuando era un hombre desterrado de su país, de Jerusalén la ciudad santa, del santuario, del lugar santo y del tabernáculo de Dios, ¡qué deseo, qué fervor había en él hacia ese lugar santo! ¡Qué deseos y oraciones dirigió a Dios para ser morador en la casa del Señor! Una cosa he pedido al Señor -dice-, esta buscaré: que esté yo en la casa del Señor todos los días de mi vida¹⁹".

Otra vez: 'Yo me alegré con los que me decían: a la casa del Señor iremos²⁰'. Y en otros lugares de los salmos declara con qué intención y propósito tiene tan ferviente deseo de entrar en el templo y la iglesia del Señor. Me postraré, dice, y adoraré en el santo templo del Señor²¹". Otra vez: "Así te contemplaba en el santuario, para ver tu poder y tu gloria²²". Finalmente dice: "Expondré tu nombre a mis hermanos, te alabaré en medio de la congregación²³". ¿Por qué, pues, tenía David un deseo tan ferviente de entrar en la casa de Dios? En primer lugar, porque allí adoraría y honraría a Dios. En segundo lugar, allí contemplaría y vería el poder y la gloria de Dios. En tercer lugar, allí alabaría el nombre de Dios con toda la congregación y la compañía del pueblo. Estas consideraciones de este bendito profeta de Dios deberían suscitar y encender en nosotros el mismo ferviente deseo de acudir a la iglesia, especialmente en los santos días de descanso, para cumplir allí con nuestros deberes y servir a Dios, para recordar cómo Dios, por su mera misericordia y por la gloria de su nombre, obra poderosamente para conservarnos en salud, riqueza y piedad, y nos preserva poderosamente de los asaltos y furias de nuestros feroces y crueles enemigos, y allí permanecer gozosamente siendo contados entre el número de su pueblo fiel para alabar y magnificar el santo nombre del Señor. Poned también ante vuestros ojos a aquel antiguo padre Simeón, de quien la Escritura habla así, para su gran encomio y estímulo para que nosotros hagamos lo mismo. 'Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y temeroso de Dios; entró por el Espíritu de Dios en el templo y el mismo Espíritu le dijo que no moriría antes de ver al Ungido

¹⁷ Sal. 137; Dan. 9.

¹⁸ Esdras 1, 3, 5-6; Hageo 1

¹⁹ Sal. 27:4.

²⁰ Sal. 122:1.

²¹ Sal. 138:2.

²² Sal. 63:2.

²³ Sal. 22:22.

del Señor'. En el templo se cumplió su promesa, en el templo vio a Cristo y lo tomó en sus brazos, en el templo brotó²⁴ en la poderosa alabanza de Dios su Señor. También Ana, profetisa, viuda anciana, no se apartaba del templo, dedicándose a la oración y al ayuno día y noche; y ella, viniendo casi al mismo tiempo,' fue igualmente inspirada y 'confesó y habló del Señor a todos los que esperaban la redención de Israel²⁵'. Este bendito hombre y esta bendita mujer no se quedaron sin el maravilloso fruto, alivio y consuelo que Dios les envió por su diligente concurrencia al santo templo de Dios.

Ahora oiréis cuán gravemente ha sido ofendido Dios por su pueblo, esto al no ocuparse diligentemente de su santo templo, despreciándolo o maltratándolo vilmente. Todo esto, podemos verlo claramente por las notables plagas y castigos que Dios les impuso, especialmente, cuando incitó a sus adversarios horriblemente para derribar y destruir por completo su santo templo con una desolación perpetua. ¡Ay, cuántas iglesias, países y reinos de pueblo cristiano han sido derribados, invadidos y dejados asolados en los últimos años por la tiranía y crueldad dolorosa e intolerable del enemigo de nuestro Señor Cristo, el gran Turco, que ha azotado a los cristianos de manera tan universal que nunca se ha oído ni leído nada parecido! Hace más de treinta años, el gran Turco había invadido, conquistado y sometido a su dominio y sujeción veinte reinos cristianos, apartando a los pueblos de la fe de Cristo, envenenándolos con la religión diabólica del malvado Mahoma, y destruyendo completamente sus iglesias o abusando inmundamente de ellas con sus perversos y detestables errores. Y ahora este gran Turco, este azote amargo y agudo de la venganza de Dios, está incluso a mano en esta parte de la cristiandad, en Europa, en las fronteras de Italia, en las fronteras de Alemania, abriéndose paso con avidez para devorarnos, para invadir nuestro país, para destruir también nuestras iglesias, esto a menos que nos arrepintamos de nuestra vida pecaminosa, y recurramos más diligentemente a la iglesia para honrar a Dios, para aprender su bendita voluntad y para cumplirla.

Los judíos en su tiempo provocaron justamente la venganza de Dios, pues en parte abusaron de su santo templo con la detestable idolatría de los paganos y vanidades supersticiosas de sus propias invenciones, contrarias al mandamiento de Dios; en parte recurrieron a Él como hipócritas, manchados, imbuidos y vilmente contaminados con toda clase de maldad y vida pecaminosa; En parte, muchos de ellos pasaron poco tiempo en el santo templo y no se les impuso²⁶ si debían concurrir a él o no. ¿Y no han provocado los cristianos de los últimos tiempos, e incluso en nuestros días también, de la misma manera el desagrado e indignación de Dios Todopoderoso, en parte porque han profanado y contaminado sus iglesias con abusos paganos y judíos, con imágenes e ídolos, con una cantidad excesiva de altares abusados de manera supersticiosa e intolerable, sí, con un abuso craso y una

²⁴ es decir, 'estallaron en júbilo'.

²⁵ Lucas 2:25–38.

²⁶ es decir, 'molestaron'.

corrupción sucia de la santa cena del Señor, el bendito sacramento de su cuerpo y sangre, con un número infinito de juguetes y bagatelas de su propia invención, para hacer una buena exhibición exterior y desfigurar la religión sencilla, sincera y hogareña de Cristo Jesús? En parte recurren a la iglesia como hipócritas, llenos de toda iniquidad y vida pecaminosa, teniendo una vana y peligrosa fantasía y persuasión de que si vienen a la iglesia, los rocían con agua bendita, escuchan una misa y son bendecidos con el cáliz, aunque no entienden una palabra de todo el servicio, ni sienten el más mínimo movimiento o pulsión de arrepentimiento en sus corazones, no obstante, para estos, todo está bien, todo es seguro. Ay de semejante burla y blasfemia de la santa ordenanza de Dios. Las iglesias fueron hechas para otro fin, es decir, para acudir a ellas y servir verdaderamente a Dios, para aprender allí su bendita voluntad, para invocar allí su poderoso nombre, para recibir allí los santos sacramentos, para esforzarse allí en la caridad con el prójimo, para tener presente allí a nuestro prójimo pobre y necesitado, y para salir de allí mejor y más piadosamente de lo que se llegó a ellas. Finalmente, la venganza de Dios ha sido y es provocada diariamente porque mucha gente malvada no pasa por alto la idea de acudir a la iglesia, ya sea porque están tan cegados que no entienden nada de Dios y la piedad y no se preocupan de ofender a sus vecinos con su ejemplo diabólico, o bien porque ven la iglesia completamente limpia de esas vistas alegres con las que su grosera fantasía se deleitaba enormemente, porque ven la religión falsa abandonada y la verdadera restaurada, lo que les parece una cosa desagradable debido a su mal gusto, tal y como es evidenciado por esto, que incluso una mujer llegó al extremo de decirle a su vecina: "Ay, chismosa, ¿qué haremos ahora en la iglesia desde que todos los santos han sido quitados, desde que todas las hermosas vistas que solíamos tener han desaparecido, desde que no podemos oír los gritos y cantos, desde que no podemos corear y tocar los órganos que podíamos oír antes?" Pero, amados, debemos regocijarnos grandemente y dar gracias a Dios porque nuestras iglesias están liberadas de todas esas cosas que desagradaron a Dios tan terriblemente y contaminaron su santa casa y su lugar de oración, por lo cual Él ha destruido justamente muchas naciones, según el dicho de San Pablo: 'Si alguno profana el templo de Dios, Dios lo destruirá a él²⁷'. Y en esto debemos alabar grandemente a Dios, porque tales modales supersticiosos e idólatras que eran completamente nada y desfiguraban la gloria de Dios son ahora absolutamente abolidos, como muy justamente merecían, y sin embargo, aquellas cosas con las que Dios fue honrado o su pueblo edificado se conservan decentemente y en nuestras iglesias se practican adecuadamente.

Pero ahora, puesto que percibís que es el placer determinado de Dios que recurráis a vuestras iglesias en el día de santo descanso, viendo que oís qué desagrado produce al Señor, qué plagas derrama sobre su pueblo desobediente, viendo que entendéis qué bendiciones de Dios se dan, qué bienes celestiales vienen a las personas que deseosa y celosamente suelen recurrir a sus iglesias, viendo también que ahora se os invita amistosamente y se os llama conjuntamente, tened

²⁷ 1 Cor. 3:17.

cuidado de no descuidar vuestro deber; prestad atención a que nada os impida venir de aquí en adelante a la iglesia en los momentos que se os señale y se os mande ordenadamente. Nuestro Salvador Cristo cuenta en una parábola que se preparó una gran cena, se convocó a los invitados, muchos se excusaron y no quisieron venir: “Os digo”, dice Cristo, “ninguno de los convidados gustará mi cena²⁸”. Esta gran cena es la verdadera religión de Dios Todopoderoso con la cual será adorado en la debida recepción de sus sacramentos, y en la predicación y audición sinceras de su santa Palabra, y en la práctica de la misma mediante una forma de vida habitualmente piadosa.

Esta fiesta está ahora preparada en la casa del banquete de Dios, la iglesia; vosotros sois llamados y convidados a ella; si os negáis a venir y presentáis vuestras excusas, se os responderá de la misma manera que a ellos. Ahora, pues, venid, amados, sin demora y entrad alegremente en la casa del banquete de Dios y haceos partícipes de los beneficios provistos y preparados para vosotros. Pero cuidado de venir allí con vuestras vestiduras santas, no como hipócritas, no por costumbre ni por modales, no con repugnancia como si preferiríais no venir a venir, esto, si estuviera en vuestra libertad. Porque Dios odia y castiga a esos falsos hipócritas, como lo demuestra la parábola anterior de Cristo. «Amigo mío», le dice Dios, «¿cómo entraste sin traje de bodas?» y por eso «ordenó a sus siervos que lo ataran de pies y manos y lo arrojaran a la oscuridad más absoluta, donde habrá llanto, lamentos y crujir de dientes²⁹». Para evitar un peligro similar de la mano de Dios, ven a la iglesia el día santo y ven con tu ropa de día santo, es decir, ven con un espíritu alegre y piadoso, ven a buscar la gloria de Dios y a ser agradecido con Él, ven a ser uno con tu prójimo y a entrar en amistad y amor con ellos. Considera que todas tus acciones apestan ante el rostro de Dios si no estás en caridad con tu prójimo. Ven con un corazón cernido y limpio de afectos y deseos mundanos y carnales. Sacude todos los pensamientos vanos que puedan impedirte el verdadero servicio de Dios. El ave, cuando quiere huir, agita sus alas; agita y prepárate para huir más alto que todas las aves del cielo, para que después de cumplido tu deber en este templo e iglesia terrenales, puedas huir y ser recibido en el glorioso templo de Dios en el cielo, por Cristo Jesús nuestro Señor. A quien con el Padre y el Espíritu Santo sea toda gloria y honor.

Amén.

²⁸ Lucas 14:16–24.

²⁹ Mateo 22:12–13.